

843
B

PQ2193

B7

G78



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.—Derechos reservados.—Queda hecho el depósito que marca la Ley.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA GRAN FLORINA (*)

I

MIENTRAS la multitud conmovida, impresionada, se dispersaba por todas las salidas, Florina no perdía de vista al joven abogado de anteojos azules.

Vió dar las gracias á sus colegas del Colegio de París que le habían hecho lugar, y dirigirse con ellos hacia la puerta de salida de los magistrados; pero, comprendiendo que no podía salir de allí en el traje en que se hallaba, resolvió, en vez de seguirle, lo que podría despertar sospechas, ir á esperarle al peristilo del Palacio de Justicia.

Llegó en el momento en que se quitaba la toga, cambiando su birrete por el sombrero; terminada la operación, el abogado de Tolosa, transformado en simple mortal, bajó la escalera, atravesó el patio y empezó á buscar un carruaje.

(*) El episodio anterior se titula *Los Estranguladores*.

Cualquiera otra que Florina se habría precipitado á entrar en otro coche desde el cual hubiera podido seguir al que condujera al joven abogado; pero ella se hizo la siguiente reflexión:

—Si me engaño, si este hombre no es el marqués de R..., no me interesa ni tengo para qué seguirle; y si, por el contrario, no me equivoco, va á regresar á su hotel de la calle de Monceau y me basta hacerme llevar á su calle y esperarle. Ni siquiera tengo necesidad de ir de prisa, porque de seguro no se presentará á los ojos de su mujer ni de sus criados con el disfraz que tiene en este momento, y se detendrá en el camino para desnudarse y recobrar su forma primitiva.

Esta reflexión le sugirió otra.

—Si al mismo tiempo — se dijo — pudiera saber dónde se operan estas metamorfosis... Esto podría serme de gran provecho en lo sucesivo.

Modificó su plan, y cuando el abogado subía en su carruaje, ella subía en otro, dando orden al cochero de seguir aquel coche á cierta distancia sin hacerse notar.

El auriga, desde lo alto de su pescante, sonrió con un aire que quería decir:

—Bien, bien, ¿hay celos en campaña? Ya conocemos el género.

El primer coche atravesó el puente, la plaza del Châtelet, siguió la calle de Rívoli y se detuvo delante de una casa situada entre la calle del Arbol Seco y la del Louvre. El hombre de los anteojos azules bajó, pagó al cochero y des-

apareció por una puerta grande. Florina, por el contrario, no se bajó del coche, le hizo parar tres puertas más allá, y por la ventanilla empezó á examinar la casa donde acababa de entrar el abogado.

Era uno de esos edificios espaciosos de seis pisos, verdaderas arcas de Noé donde los porteros tendrían hartos que hacer si hubieran de vigilar las entradas y salidas de sus inquilinos. Cualquiera persona que trata de ocultarse elige estas casas, donde se goza de una libertad completa.

Parecía evidente á Florina que el marqués de R..., si era él, no entraba allí con más objeto que cambiar de traje y de fisonomía, reapareciendo en breve en el que le era habitual.

Pasó un cuarto de hora; corrieron veinte minutos; nadie salía.

—Habría mirado por alguna ventana y le inquieta mi carruaje — se dijo.

Y bajó y rogó á su cochero que fuera á esperarla al extremo de la calle del Louvre.

—Más valía, señora — dijo el cochero siempre sonriendo, — situarme en la esquina de la calle Bailleul.

—¿Dónde está la calle Bailleul? — preguntó Florina.

—A dos pasos de aquí. En esta parte de la calle de Rívoli las casas tienen poco fondo y tocan á las construcciones de la calle de la espalda.

—¡Ah! decís bien. ¿Pero sabéis sise comuncian unas casas con otras... si se puede entrar

por la calle de Rívoli y salir por la de Bailleul?

—No debe haberlas, por lo ménos ostensibles, pero puede muy bien haber comunicaciones secretas.

Estas palabras se fijaron en la mente de Florina; nada más fácil, en efecto, que alquilar dos cuartos en el mismo piso y abrir una comunicación entre ellos. Cierta mujer casada, cuyos amores protegía ella en otro tiempo, usaba este medio en otro barrio de París.

Confiado en su estrella, resolvió abandonar su primer puesto de observación y tomar otro en la calle del Louvre. Diez minutos corrieron aún, y ya empezaba á desesperarse cuando vió salir de la calle Bailleul un hombre que llamó su atención: tenía un aire respetable, iba apoyado en un bastón y vestía un gran paletot de dos carreras de botones y sombrero gris de ala ancha.

Al desembocar en la calle del Louvre miró en torno suyo y avanzó hacia el lado donde se hallaba Florina en el instante en que pasaba junto á ella por la acera; los faroles del coche iluminaron su rostro y reconoció á su abogado, esta vez convertido en un hombre de sesenta años, de abultado abdomen, los ojos velados tras anteojos de montura de oro, colorado el rostro y los cabellos y patillas grises.

No se podía llevar más allá el arte de disfrazarse, y cualquiera otro que Florina se hubiera desorientado; pero ésta era demasiado astuta, no se fijaba en los cabellos ni en la barba, que se cambia á voluntad; fijábase en

la forma de la nariz, que no puede disfrazarse, en el óvalo del rostro, en la estatura y en el aire de la persona.

Dejó á su observado transponer la esquina y entrar bajo los arcos de la calle de Rívoli, y después, bajando vivamente del coche, fué á situarse en uno de los arcos, al abrigo de un pilar.

El hombre de la calle Bailleul parecía buscar un nuevo vehículo. Entonces Florina, siempre pronta en sus resoluciones, jugó el todo por el todo. Volvió á buscar á su cochero, le puso veinte francos en la mano y le dijo:

—¿Queréis hacerme un favor?

—Con mucho gusto; ¿qué debo hacer?

—¿Veis aquel caballero que va allí?

—Sí; parece que busca un coche.

—Pues bien, id vos para que os tome; llevadle adonde os diga y volved á buscarme inmediatamente al boulevard de los Italianos, esquina á la calle Taitbout. Allí recibiréis otro luis por vuestro trabajo.

—Comprendido.

—¿Seréis discreto?

—Como mi caballo. ¡Arre, *Cocotte!*

Un minuto después pasaba por delante de la persona que le había designado, y ésta se apresuraba á detener el coche.

Florina tomó otro carruaje para ir á la calle Taitbout. Gracias á esta estratagema, el fingido abogado no era ya seguido, y sus sospechas, si las tenía, podían desvanecerse.

Florina no corría ningún riesgo: aunque la vendiera el cochero, que no era probable, por-

que los cocheros parisienses protegen siempre al sexo débil, no podría decir gran cosa á su misterioso personaje.

Aguardaba hacía algunos minutos en la calle Taitbout, cuando vió llegar el coche de vuelta de su viaje.

—Ya estoy aquí—dijo el cochero.—He hecho una famosa carrera, pero no ha sido por él, aunque me ha dado tres francos de propina; ha sido por vos, querida señora.

—¿Dónde le habéis dejado?

—En la calle de la Victoria, 46. Os llevaré; subid pronto.

Subió sin hacerse rogar, llegó al punto de su destino, pagó al cochero, le dió las gracias, y le despidió.

—¡Oh!—dijo aquel hombre viendo á su cliente desaparecer por la misma puerta por donde había penetrado su anterior parroquiano.—¡Va á tener lugar una famosa escena conyugal!

Florina, sin embargo, no había entrado en aquella casa más que para desorientar al cochero; creía inútil ponerle por completo en autos de lo que pensaba hacer, y después de penetrar resultamente en el portal de la casa retrocedió, dijo al portero que se había equivocado y se hizo abrir de nuevo la puerta de la calle.

Otra vez en ésta, volvió hacia la derecha, siguió la calle Taitbout, entró en la de Chateaudun, subió en un nuevo carruaje y le hizo pasar delante del núm. 39; sabía hacía mucho tiempo que el núm. 46 de la calle de la Victo-

ria correspondía al 39 de la calle de Chateaudun, y fiel á su sistema se decía que el individuo que había entrado por una calle saldría por la otra.

II

No se había engañado. Al cabo de diez minutos, la puerta de la casa núm. 39 se abrió para dar paso á un joven de unos treinta años, de elegante aspecto, rostro moreno, ojos y patillas negros.

No había duda, éste era el marqués D. Lorenzo José de R... y C..., y al natural esta vez, tal como Florina le había visto en la iglesia de San Agustín el día del matrimonio.

Pasó de nuevo ante ella, y ésta pudo admirar lo rasgado de sus ojos y el brillo de su mirada, que ya no velaban cristales misteriosos. Convencido de haber extraviado á cuantos pudieran seguirle, renunciaba á toda precaución y entraba de lleno en posesión de su juventud y sus atractivos.

Después de seguir un trozo de calle á pie, subió en un tercer carruaje, que tomó la dirección del boulevard Malesherbes.

Florina no pensó esta vez en seguirle; satisfecha de tener comprobada su identidad, se dirigió á su casa de la calle de Suresnes; tenía necesidad de comer, ó más bien de cenar, porque eran las diez de la noche, y después de ten-

derse en un diván, envuelta en su bata de cachemir, se dedicó á repasar los sucesos de aquel dramático día.

Como mujer de orden, clasificó sus reflexiones, ocupándose en primer lugar del marqués de R..., considerándole como individuo aislado y no como marido de Matilde Simonnet. Reconocía que era una inteligencia de primer orden la de aquel marqués que aventajaba á los cómicos de más fama y á los agentes de Policía de más renombre.

El noble marqués de R... y C..., llegado hacía tres meses á Francia, ¿cómo podía disfrazarse así, tener tantos domicilios y conocer á París material y moralmente de un modo tan completo?

—¡Imposible! No me harán tragar semejante pildora—se dijo Florina.

Y después continuó:

—Pero ¿qué fin persigue?... ¿qué fabrica en la sombra? ¿á qué industria se entrega el fingido marqués? Nadie me persuadirá de que ha alquilado todas esas habitaciones y dispuesto todos esos disfraces sólo por el gusto de asistir á una vista de causa sin ser reconocido.

Esta idea evocó otras de distinta índole que lanzaron á Florina por una nueva pista, digámoslo así. No sin motivo el jefe de Policía le había encargado en otro tiempo vigilar á Matilde Simonnet. Esta joven debía encontrarse comprometida en la causa, puesto que su marido seguía con tanto interés el proceso en cuestión. Florina repasaba en su mente toda la sesión á que había asistido el abogado del

Colegio de Tolosa, inmóvil, con los ojos, ó más bien los anteojos, siempre clavados en los acusados, tal vez sólo en uno de ellos, y recordaba los detalles del proceso, las palabras del defensor de Blanchard, que parecía creer en una misteriosa maquinación, las protestas del acusado, sus miradas, miradas expresivas que no se olvidan jamás, que Florina no olvidaría...

Si lo que había sorprendido, si lo que además adivinaba lo ponía en conocimiento del jefe de Policía, sería felicitada por este funcionario y se rehabilitaría con el cuerpo de Seguridad.

—¡Cuando pienso—exclamó sonriendo—que el señor Claude me ha dicho: *Id, hija mía, vos conocéis vuestro oficio!*... Tiene razón; lo conozco mejor que ellos. He hecho en breves horas descubrimientos que ellos no hubieran obtenido en tres meses.

¿Pero iría á entregarles su secreto... á vendérselo? ¡Qué mezquina satisfacción de amor propio! ¿Debía contentarse con ser empleada de la Prefectura, cobrar sueldo de ella y tener esta posición oficial? Quería más que esto: si una vez había servido á la Policía, había sido para salir de la cárcel y saldar cuentas harto difíciles. Hoy que gozaba de su libertad, que se había echado tierra en el asunto que la comprometía, ¿qué necesidad tenía de prestar servicios á la Administración? Además, era tarde para decir: *Me he equivocado en el negocio Ja-gon; hoy traigo indicios contrarios.*

Para una mujer de la sagacidad de Florina, había mejor partido y una posición más brillan-

te que conquistar. ¡Qué mina inagotable si sabía completar sus descubrimientos y explotarlos! ¿Qué no podía conseguir si llegaba á enredar entre sus mallas á aquel extraño marqués, á aquella encantadora marquesa? Quizá su fortuna no estaba cimentada en bases muy sólidas; quizá era tan falsa como su posición en el mundo; pero era indudable que tenía medios de existencia, fondos disponibles en los que Florina abriría gran brecha. Además, una belleza espléndida como la de Matilde podía ser en manos hábiles un capital de fácil explotación; ya se lo había dicho Florina el día del matrimonio, y eso que ignoraba cosas que sabía hoy.

La antigua agente de Policía pasó gran parte de la noche en meditar más que en dormir, y después de dormida continuaron sus ensueños. Veíase rica, rodeada de todos los esplendores; ella, que á pesar de su inteligencia, de su aspecto agradable y elástica conciencia, no había podido llegar á la fortuna.

Por la mañana, su sueño tomó un nuevo aspecto: se ilusionó hasta el punto de figurarse que el marqués de R..., de quien se haría fiel aliada, dependería de ella, le dominaría, sería su hechura, y ¡quién sabe si, á pesar de su menor mérito físico, la preferiría á la hermosa Matilde!

¡Ella, Florina, rival dichosa de la mujer más bonita de París!

Todos sus deseos estaban satisfechos: fortuna, lujo, dominio y el amor de un hermoso joven.

Mientras en la calle de Suresnes se pensaba y se soñaba así, en la calle de Helder Zoé Lacassade daba cuenta á Juana Guérin de los últimos incidentes del proceso. Esta la escuchaba silenciosamente y no hizo ninguna observación sobre el veredicto del Jurado y el desenlace del asunto; pero volviéndose hacia su amiga, cuando acabó de hablar, le dijo dulcemente:

—¿Qué va á ser de la desgraciada Sofia Blanchard, que nos ha servido con tanta abnegación? Ahora está sin colocación, sin asilo, sin recursos...

—Sí, es una lástima —dijo Zoé.

—Quizá —repuso Juana— tenemos un deber que cumplir para con ella. Mi padre no la hubiera abandonado.

—Pues bien, no la abandonemos nosotras.

—¿Tú lo quieres?

—Cierto, puesto que tú lo quieres también.

—No esperaba menos de tu buen corazón.

—Muchas gracias.

Y las dos, sentadas una enfrente de otra, meditaron lago rato sobre el medio de socorrer á Sofia Blanchard.

III

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
1925 MONTERREY, MEXICO

La sesión del tribunal había terminado la víspera demasiado tarde para que Sofia Blanchard pudiera ser puesta en libertad. No se

sale de la cárcel, ni aun después de una sentencia favorable, tan fácilmente como de una posada. Es preciso llenar formalidades indispensables.

Además, la antigua criada de los Guérin no podía salir inmediatamente. ¿Qué le importaba su libertad? ¿Qué iba á hacer con ella? Morirse de hambre, sin duda, porque no tenía dinero y se sentía con pocos ánimos y mucha desesperación para trabajar.

¡Trabajar! ¿Quién había de ocuparla? ¿Quién toma á su servicio á la mujer de un presidiario? Además, en aquel momento no pensaba en sí misma; otra idea la dominaba. ¿Qué era de él? ¿Dónde le habían llevado? ¿Trataría de suicidarse, y esta vez con más éxito? Veíale en su pensamiento, le seguía y quería darse cuenta de su posición. ¿No estaba al corriente de todas sus costumbres?

Cierto es que habían sido encerrados, ella en el Depósito, él en la Conserjería, donde no pueden entrar las mujeres, ni hacer más que atravesarla para dirigirse al tribunal; pero, después de atravesar una verja que pone las dos prisiones en comunicación, las mujeres siguen el mismo camino que los hombres, y ambos suben la escalera que conduce al Palacio de Justicia.

Esta escalera, estrecha, sombría, sin pasamanos, de ochenta y dos escalones, y de forma espiral, la contemplaba en su imaginación y veía descender por ella á su marido, después de su sentencia, entre dos soldados de la guardia.

Lleva la cabeza caída, el paso vacilante, el cuerpo enfermo... camina como el hombre embriagado que tropieza á cada paso, y no cae porque el guardia que marcha detrás le sostiene de vez en cuando.

Llega por fin al pie de la terrible escalera, entra en un largo corredor de piso de granito, bajo de techo, desierto y apenas iluminado, y camina siempre... ¡Qué larga carrera para un hombre casi moribundo!

Ya está de nuevo en su prisión, solo, solo con esta idea: *¡Encadenado por toda la vida!* ¡Pobre hombre! Sofía llora; llora mucho y amargamente.

Así transcurre la noche; al día siguiente van á buscarla, le entregan un envoltorio que llevó al entrar, le hacen firmar un recibo y le dicen:

—¡Estáis libre; no volváis por aquí!

Todas las puertas se abren para ella, y se encuentra en el muelle del Reloj, casi desierto, con un paquete en la mano y sin saber adónde ir. Da algunos pasos y mira con inquietud en torno suyo. Cree que de nuevo van á detenerla, á encerrarla... El preso á quien dan libertad necesita que pasen muchos días para convencerse de que está libre.

La cárcel deja en el espíritu un peso que tarda en desaparecer. Después, cuando se convence de que nadie la sigue, sube un poco á la derecha, se apoya contra el parapeto del muelle, y clava sus ojos en la Conserjería. Sus miradas quisieran penetrar á través de aquellas piedras, contemplar al desgraciado que, sen-

tado sin duda en el rincón de su calabozo, piensa en ella como ella piensa en él.

Mientras está allí, aniquilada, vencida, los silbidos de un vapor remolcador déjense oír en el Sena, á su espalda. Vuélvese, y con los codos apoyados en la muralla y el rostro en sus manos contempla tristemente el agua que corre...

La tempestad se cierne en aquellos momentos sobre París. El cielo, azul una hora antes, se ha obscurecido. Espesos nubarrones grises, llevados por el viento, corren unos detrás de otros, y tan bajos, tan bajos, que parecen rozar los tejados de las casas...

El río, agitado por otras tempestades, se desliza en ondas oscuras que el color del cielo hace más negras aún.

Primero, Sofia Blanchard mira sin ver, sin pensar... Después, aquel agua que corre le da una especie de vértigo, y tiende los brazos hacia ella como si quisiera sumergirse en su seno.

Su pensamiento trabaja con extraña actividad. Dícese que aquél no es un río, es una tumba dispuesta á recibirla... Sí, basta salvar aquella muralla para que todo acabe, su vida y su miseria. ¡Morir á dos pasos de él, delante de su prisión, que es otra tumba!...

La tentación es fuerte; inclinase sobre el muro para ver el sitio en que va á caer, para examinar su sepultura; pero el agua, en esta época del año, no llega hasta el muro, y en lugar de ahogarse iría á caer sobre la arena y las piedras, con los brazos y las piernas ro-

tos. Sufriría, mas inútilmente. ¡Harto ha sufrido ya!

El puente está á dos pasos, puede llegar á su centro y precipitarse allí.

Las aguas son profundas en aquel sitio. ¡Allí está segura de ahogarse sin una larga agonía!

Se vuelve, dirige una última mirada á los muros de la Conserjería, envía un postrer adiós á quien no la puede oír, y, resuelta esta vez, sigue el muelle hasta el puente misno; no se apresura, no corre; camina con paso firme y ademán tranquilo. Un niño harapiento, al verla pasar, le tiende su mano; Sofia le mira con la vista extraviada; parecíale de la misma edad que la niña muerta de miseria sobre sus brazos cuando su marido sufría la primera sentencia. Algo hubiera querido dar á aquel pobre niño en recuerdo de la suya á quien tanto había amado; pero no poseía nada, nada...

Entonces pensó en el envoltorio que llevaba en la mano. Encerraba algunos pañuelos, un fichú y una camisa; todo aquello vendido bien valdría cinco francos. ¿Para qué quería aquellos objetos si iba á morir?

Entregó el envoltorio al infantil mendigo y le dijo con ademán febril:

—¡Toma! Dale esto á tu madre, si la tienes, ó véndelo si eres huérfano.

Y se inclinó para estrechar al niño entre sus brazos. ¡Tenía necesidad de despedirse de alguien al dejar la vida!

Ya se había alejado, cuando un recuerdo la detuvo. En el envoltorio que había entregado

al niño dejaba olvidadas dos fotografías. La una era de su marido, la otra de su hija muerta. Las había mandado hacer en otro tiempo, cuando vivía dichosa en el campo entre Blanchard, jardinero entonces, y su hija, de edad de tres años, linda como un ángel.

¡Ah! ¡qué lejos estaba entonces de suponer que habría de llegar un día en que le arrebatase la Muerte á su hija, la Justicia á su marido!

No quería abandonar aquellos retratos: deseaba verlos una última vez y morir abrazada á tan dulces objetos.

Se reunió otra vez al niño, que ya había abierto el envoltorio para enterarse de su contenido, y le rogó que le devolviese las dos fotografías. Cuando las tuvo en la mano, se apoyó en la muralla del puente y las contempló con éxtasis. Fijóse sólo un momento en el retrato de su hija... ¿no la iba á encontrar dentro de un instante en el Cielo? En cambio contempló largo rato el de su marido.

Aún era joven cuando le hicieron aquella fotografía; tenía aire agraciado y expresión en la mirada. Dió furtivamente un beso al retrato, mientras sus ojos se volvían por última vez hacia los muros de la prisión.

Después avanzó al centro del puente. ¡Estaba desierto! La nube más espesa empezaba á deshacerse en lluvia, y gruesas gotas esmaltaban la arena de las aceras. Los transeuntes aceleraban el paso. Los cocheros castigaban á sus caballos para ganar cuanto antes las calles de la ciudad. Aquél era el momento de arrojarse

al Sena. Nadie se cuidaría de ella, nadie la detendría.

La balaustrada del puente de Cambio es de las más fáciles de flanquear. Dicese que ha sido expresamente hecha para facilitar los suicidios. Está formada de columnas estrechas en el centro y anchas de base para que pueda apoyarse el pie.

Al llegar al arco del centro, Sofía Blanchard lanzó una última mirada en torno suyo, á fin de convencerse de que estaba sola. Envió un último adiós á su marido, apoyó sus pies en la base de dos columnas, se sostuvo con las manos y haciendo un último esfuerzo se precipitó en el espacio. Las aguas se abrieron un momento y se cerraron de nuevo siguiendo su curso.

IV

El niño á quien Sofía Blanchard había dado todo lo que poseía en el mundo, tenía, como muchos vagabundos de su edad, la costumbre de pasar las noches de verano en los puentes de París. Cuando la lluvia se formalizó, echó á correr, atravesó el puente de Cambio, llegó al muelle de la Mégissiere, bajó la escalera que estaba enfrente de la calle San Oportuno y corrió á buscar abrigo debajo de la cubierta del barco flotante de las lavanderas.

Ya en seguridad, abrió su envoltorio para